**Wittgenstein, Ludwig – Bouwsma, Oets Kolk**, *Últimas conversaciones*, Sígueme, Salamanca 2004, (2ª ed.), 192 pp., 13,5 x 21 cm.

Sin duda alguna, uno de los filósofos más importantes y trascendentales de la historia del pensamiento del siglo XX es el vienés Ludwig Wittgenstein gracias sobre todo a dos de sus obras: *Tractatus logico-philosophicus* e *Investigaciones filosóficas*. Aunque la crítica lo ha adscrito a la denominada *filosofía del lenguaje* hay que señalar que es un autor *metafísico*, aunque con un estilo propio; con una opción ligada siempre a altas cotas éticas; y una trayectoria intelectual tan pendular que oscila entre positivista y preocupada por los problemas existenciales que colmen de sentido al ser humano.— Este libro en forma de anotaciones de diario ofrece las postreras conversaciones nacidas al abrigo de la amistad surgida entre Bouwsma y Wittgenstein enfermo pero lúcido; de paseos por parajes naturales mientras la discusión alcanza altos vuelos de pensamiento a veces, recordando a los peripatéticos; y en otras ocasiones sencillamente la conversación apunta a motivos más cotidianos, como una planta o un ave que los sobrevuela. Los temas filosóficos surgen de tertulias, cenas y encuentros, con el contexto ineludible de una muerte ya demasiado próxima para el austríaco (verano de 1949 a inicios de 1951). Como señala acertadamente en la introducción Miguel Ángel Quintana Paz, traductor y editor del original inglés, esta obra resulta significativa para el lector primerizo que no conozca en profundidad el pensamiento de Wittgenstein debido a que se recogen los puntos más esenciales del mismo pero, a la vez, para un conocedor profuso de la obra del filósofo es interesante al ofrecer una especie de síntesis, de conclusiones de todas sus aportaciones teóricas al final de su vida.— La obra presenta tres partes, división que viene dada por los lugares donde se produjeron los encuentros entre los dos filósofos: la primera parte, «Conversaciones en Cornell entre julio y agosto de 1949» (21-63); la segunda, la más breve, «Conversaciones en el Smith College durante octubre de 1949» (65-69). Y la

tercera, «Conversaciones en Oxford entre agosto de 1950 y enero de 1951» (73-96). En la primera parte, el encuentro entre Bouwsma y Wittgenstein se origina porque aquel es invitado por Norman Malcom a enseñar en Cornell mientras que Wittgenstein está de visita en casa de los Malcom y esta relación especial empieza a fraguarse como maestro y discípulo. Entre los temas más interesantes que tratan en esta parte destacan el de la ética («No todo es un principio ético» dirá Wittgenstein); el determinismo y el libre albedrío; una reflexión sobre los años de docencia que vivió el filósofo; y las primeras alusiones a la religión, en este caso sobre el judaísmo. Interesantes resultan algunas confesiones íntimas de Wittgenstein que recoge Bouwsma mientras contemplan la luna desde lo alto de una colina y que están cargadas de lirismo: «Si yo hubiera sido quien planeó todo esto, jamás habría creado el sol. ¡Mire! ¡Qué hermoso! El sol es demasiado brillante y demasiado cálido». Más tarde, añadió: «Y si sólo existiese la luna, no habría ni lectura ni escritura» (30).— En las pocas páginas de la segunda parte, en la visita de Wittgenstein al Smith College en Northampton (Massachussets) vuelven a retomarse algunos temas como la pertinencia o no de enseñar ética, con alusión explícita a Jesucristo (65). Son muy reveladoras las palabras del filósofo acerca de autores como Kierkegaard, Fénelon e incluso Shakespeare, del que sólo salvaría su *Rey Lear*. Llama la atención poderosamente que a lo largo de estas páginas se muestre al filósofo impresionado por la gente que en su vida y en su actuar es movida por la fe, como el caso de los mormones o las enfermeras católicas. Sobre el arte de enseñar filosofía llega a afirmar que «un filósofo es alguien que tiene la cabeza llena de signos de interrogación» (68).— La tercera y última parte trata del tiempo en el que coincidieron los dos en Oxford, Bouwsma invitado para impartir las *Conferencias John Locke* y Wittgenstein pasó un tiempo, ya bastante enfermo y con dificultades para seguir las discusiones que su amigo le proponía. De hecho, son varias las ocasiones en las que se nos dice que la señora Bouwsma cocinaba un caldo y compota de manzana para el filósofo, ya muy debilitado en su salud pero todavía con una lucidez plena. Los temas que surgían de manera espontánea iban desde la verdad en la religión hasta el aserto «Dios es espíritu», con el evangelio joánico de fondo. Llegan a decir que «la religión reside en el sentido de dependencia del hombre» y, más adelante, que «una peculiaridad de las creencias religiosas es el gran poder que poseen sobre las vidas de los seres humanos». Se pone de manifiesto que Wittgenstein, gran conocedor de los textos bíblicos, pone en cuarentena el lenguaje bíblico, que dice no entender y que le sirve para disertar sobre los diferentes tipos de lenguaje. Otras conversaciones derivaban hacia el hedonismo y la figura de Sócrates, en las que se muestran, a pesar de las debilidades propiciadas por la avanzada enfermedad, las luces de una mente portentosa. Y sus dardos mortíferos hacia otros filósofos que los editores americanos ocultan y a poetas como Rilke, al que denomina «venenoso». Las últimas páginas de estos primeros días de enero de 1951 dan muestra del empeoramiento de Wittgenstein pero son interesantes por las anécdotas cotidianas que cuenta Bouwsma.— Hay que señalar que esta obra ofrece por parte del traductor Quintana Paz unas extensas anotaciones al texto, que lo enriquecen considerablemente (97-150) y en apéndices, un breve ensayo sobre la relación de ambos filósofos a cargo de J. L. Craft y Ronal E. Hustwit que hacen a su vez el Prefacio del libro; junto con una cronología y bibliografía complementarias a cargo de Quintana Paz, completado con un índice onomástico y temático. En definitiva, un libro muy interesante que arroja luz sobre la figura tan esencial para la historia del pensamiento occidental como la de Wittgenstein desde unas conversaciones íntimas y solitarias.

Antonio Fernández del Amor